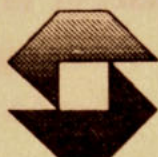


ALFREDO ALCAÍNO BARROS

EL MINISTRO PORTALES, FORJADOR DE LA REPÚBLICA

A DOSCIENTOS AÑOS DE SU NATALICIO



SANTIAGO, CHILE
BANCO DE SANTIAGO
NOVIEMBRE, 1993

principios; todo lo contrario: para él la honestidad, la responsabilidad, la integridad, el coraje, el desinterés personal y la capacidad de entrega, alcanzaron alturas hasta hoy mismo desconocidas.

Su amor por Chile tiene mucho de la suprema pureza de Prat o del místico idealismo de Balmaceda y este exaltado sentimiento fue sin duda el motor de su pasión patriótica.

Amor rotundo y sin orillas declamatorias, sublimizado hasta lo inconcebible. Amor torturante por Chile, fiebre, tal vez premonitoria de la brevedad de su paso, por construirlo, engrandecerlo y preservarlo. “Decía que Chile era la joya del nuevo mundo. “Llamaba a la República, con orgullo, la Inglaterra del Pacífico y “afirmaba que en las aguas de su mar inmenso no debía dispararse “jamás un cañonazo sino para saludar la estrella de su pabellón”.

Portales daba a la Constitución y a la ley su justo valor; sabía de su absoluta necesidad y por ello fue el inspirador de la Constitución de 1833 y desplegó grandes esfuerzos por hacerla respetar; pero sabía también que toda ley puede ser burlada y que si a su texto no se añaden rectas intenciones, pasa a constituir letra muerta, envoltorio vacío de contenido.

Por ello es que en la única de sus numerosas cartas en que esboza su pensamiento político, la dirigida a su socio Juan Manuel Cea desde Lima, en marzo de 1822, expresa: “La República “es el sistema que hay que adoptar; ¿pero sabe cómo la entiendo yo “para estos países: Un gobierno fuerte, centralizador, cuyos hombres sean verdaderos modelos de virtud y patriotismo y así enderezar a los ciudadanos por el camino del orden y de las virtudes”.

Autoridad y virtud, todo un sistema de gobierno más selectivo que electivo, que funcionó maravillosamente durante 60 años, constituyendo una tradición casi sagrada, que llevó a la más

pobre de las colonias hispanas a la cima de América, mientras sus hermanas se despedazaban en incontables pugnas de caudillos, los que paradójicamente invocaban siempre en pomposas proclamas, las mismas grandes palabras de libertad, orden, ley y justicia, cuyo contenido desconocían.

Autoridad y virtud, he ahí todo un programa más valioso que cualquier elaboración teórica, tan válido hoy como entonces.

Portales tomó para la edificación de su construcción política, todos los materiales sociales e individuales que encontró a mano, sin mirar más que su valor intrínseco.

¿Y cuáles fueron los pilares de su prodigiosa creación?, podríamos decir que los siguientes:

1.- Su concepción del Gobierno Impersonal; 2.- Su concepto de la justicia y de la sanción; 3.- Su austeridad, probidad e independencia de intereses y círculos; 4.- La elección de sus colaboradores según mérito; 5.- La fecundidad creadora.

1.- SU CONCEPCIÓN DEL GOBIERNO IMPERSONAL

Esta concepción, que Portales nunca explicó sino que simplemente aplicó y que ha sido advertida y estructurada por los historiadores, constituye sin duda la más alta expresión de su genio, por la sabiduría psicológica sin par que encierra.

Podría definirse como aquella en que el Gobierno o la Autoridad se concibe como una entidad abstracta, disociada de la persona que lo ejerce. Esta entidad es inmutable, fuerte, justa, respetada y respetable, ajena y superior a los partidos, las corrientes o los grupos y sus intereses, distante de las personas y de los caudillos, de sus influencias y prestigios. Es una especie de deidad o símbolo intangible,

pero omnipresente, que encarna a la vez el poder, la justicia y la virtud y que sin transacciones ni complacencias persigue únicamente el bien común. Quien la ejerce se desdibuja y se desdobra hasta donde es posible para dar paso a la Institución. Su fuerza es esencialmente moral.

Portales fue un maestro en practicarla.

Empezando por eliminarse él, rechazando la presidencia que le fue ofrecida con tenaz insistencia e imponiendo al general Prieto, militar distinguido, sin arrestos de caudillo, de equilibrado juicio y de carácter conciliador, pero firme, encarnación del Ejército.

Resultando elegido Vicepresidente de la República sin su anuencia, renunció reiteradamente hasta que se suprime el cargo en la Constitución de 1833.

Después de 17 meses desempeñando su primer Ministerio desoyendo los ruegos, se aleja del poder para observar desde la distancia los primeros pasos de su creación, pues no desea que dependa de su presencia; desea que camine sola.

Vuelve al cargo al cual se le está llamando casi con desesperación, cuando lo considera inevitable porque su obra vacila. Luego cuando comprende que no habrá consolidación sin un supremo sacrificio, marcha resuelto y hermético hacia Quillota, desatendiendo las advertencias, a enfrentarse sin alardes y con sublime renunciamiento, a restablecer el orden o a afrontar el martirio.

Mientras desempeña los ministerios con espartana dignidad, jamás habla en nombre propio: siempre en nombre del Gobierno. No es un líder; es un conductor, un padre.

Encina lo explica así: "En Portales aparece algo nuevo. "El prestigio, partiendo desde una personalidad, no rebota hacia "ella engrandeciéndola, sino que se refleja en una entidad abstracta "e impersonal: el Gobierno. Toda su actuación tiende a eclipsar su

“personalidad y a transferir, mediante su poder de sugestión, el “prestigio que emana de su genio, hacia esa entidad impersonal y “duradera. Esto es nuevo en la historia; y la elevación ética del “proceso palidece ante su genialidad psicológica y ante las dotes “que presupone su realización”.

La historia, que al contrario de lo que se dice frecuentemente, pocas lecciones deja, porque es versátil como su elemento, el hombre, parece confirmar la sabiduría de la intuición portaliana.

En efecto, los grandes gobernantes autoritarios que hicieron gravitar el poder en torno a su persona, concluyeron casi siempre sus gobiernos a manos de sus opositores, que en buena medida demolieron su obra muchas veces fecunda.

El propio don Bernardo O’Higgins no escapa a esta tendencia del género humano. Ni Páez en Venezuela, ni Santander en Colombia, ni Rocafuerte o García Moreno en Ecuador, ni Porfirio Díaz en Méjico, ni Santa Cruz ni el propio Bolívar.

Los grandes gobernantes personalistas dejan con frecuencia una corriente partidaria. En Chile no hacemos excepción a este hecho cierto antes y ahora; conocemos los carrerinos, los o’higgistas, los balmacedistas. No se conocen los portalianistas. Portales no nos legó una corriente partidaria; nos legó algo más grande: una tradición de gobierno, hecha de amor a Chile, de devoción por la justicia, de rectitud sin mancha, de independencia frente a intereses, de laboriosidad incansable y de renunciamiento personal, que hicieron al Chile del siglo pasado la más grande nación de iberoamérica.

Fue más que un estadista, un apóstol que hizo del servicio a su país casi una religión, dado su hondo contenido moral. “En él el místico se detuvo en el límite preciso en que debía ahogar al estadista”. Encina.

2.- SU CONCEPTO DE LA JUSTICIA Y DE LA SANCIÓN

La anarquía que se extendió desde 1823 hasta 1830, en ritmo creciente, porque toda anarquía se alimenta a si misma, fue socavando todos los estratos de la organización social, de la vida política e institucional, de la economía del país, hasta penetrar también en la disciplina del Ejército.

Como todos los gobiernos de la anarquía, que llegaron a 30 muchos de ellos de juntas o asambleas y algunos de duración sólo de días, estuvieron inspirados en una sola ideología, la de la libertad como dogma, o sea ilimitada; rápidamente la descomposición llegó hasta la licencia.

Los sucesivos gobiernos frente al desmoronamiento del país, destrozado por el libertinaje y asolado por la delincuencia, frenados por el contagio ideológico, sólo atinaron a replicar con tímidas exhortaciones a la cordura, las que fueron sistemáticamente desoídas. Y cuando se aplicaron sanciones, se hizo en forma injustamente discriminatoria para con los más débiles y menos responsables.

La tolerancia con el desenfreno liberticida y su consecuencia, la impunidad, se habían enseñoreado del novel país.

El Ministro Portales cayó como un rayo sobre el caos, el bandillaje que infestaba todo el territorio, la venalidad en la administración, el trastorno social y la efervescencia política y militar, surtida de conspiraciones, motines y asonadas.

Para dar una idea de lo que es una anarquía desenfrenada, baste decir que la delincuencia común había llegado a sumar 600 asesinatos anuales en la sola ciudad de Santiago, que entonces contaba con una población de 60.000 personas, lo que proyectado a hoy, equivaldría al escalofriante promedio de 100 asesinatos diarios. Y toda

la zona central era asolada por los despiadados Pincheiras, los más crueles bandidos de que haya memoria.

En pocos meses el país experimentó un cambio milagroso. La delincuencia fue extirpada y se pudo transitar sin escolta de un pueblo a otro, el orden político, social, administrativo y financiero restablecido y la disciplina del Ejército restaurada, todo con medidas drásticas y ejemplarizadoras. Había nacido y se había aplicado ante una sociedad estupefacta y maravillada, el concepto de la sanción portaliana.

Por él, todo acto delictual, indebido o ilegal, fue castigado con sanciones inflexibles. Pero no sólo inflexible fue la sanción portaliana. Estuvo también revestida de aquellos elementos que le dan sustento jurídico. La sanción fue además fría, esto es, exenta de emociones y de todo tinte vengativo o pasional, automática, pareja, igualitaria, es decir sin miramiento hacia la posición social o rango de los afectados, proporcionada a la falta y más severa con los más responsables:

¿Cómo lo hizo?: actuando no divagando, sin retroceder ante nada que considerara necesario y trabajando 18 horas diarias, dictando órdenes precisas, casi telegráficas, vigilando su cumplimiento, previendo y orillando los obstáculos, midiendo las consecuencias y seleccionando entretanto su personal, todo con la clarividencia del superdotado nacido para gobernar.

3.- SU AUSTERIDAD, PROBIDAD E INDEPENDENCIA DE INTERESES O CÍRCULOS

El alma desmedida de Portales alcanza en su celo de bien público, dimensiones insospechadas por lo heroica. Para él los intereses del país y los caudales públicos son sagrados a tal punto que

no cobra sus sueldos de Ministro de dos de las tres carteras que existían. Y ya antes de ingresar forzado a la política, al efectuarse en 1826 la liquidación de las cuentas del Estanco había renunciado también a un importante saldo a su favor, en beneficio del Estado.

Vive en la pobreza, desprecia el histrionismo y la teatralidad, rechaza el halago, desdeña la popularidad y las grandes palabras para consumo popular; pero trabaja fervorosamente para el bien general y en especial para el desvalido. Su método es el ejemplo y no las frases.

Barre con la deshonestidad y la negligencia, instaura la probidad administrativa y hace un culto del servicio público.

Inspecciona personalmente las dependencias del Estado e implanta en el terreno el orden y el aseo, desconocidos hasta entonces.

El mismo, adelantando como en todo a su tiempo, tiene la costumbre de tomar un baño tibio todas las mañanas, cuando la higiene personal era un concepto ignorado.

Se mantiene distante de grupos, facciones o círculos, reclama eficiencia y rendimiento y no acepta transacciones ni cae en complacencias en lo que al cumplimiento de los deberes se refiere; “pocos “han mirado con tanto desdén el falso brillo de la pompa mundana, y “al paso que su rango y los destinos que ocupó le colocaban entre los “primeros hombres del país, su vestido, su tren y todo el aparato de su “casa no anunciaban otra cosa que sencilla mediocridad. Siempre los “que apetecen la gloria vana se procuran una clientela lucida para que “así se dé más crédito a las alabanzas que ella les prodigue; pero “enemigo irreconciliable de la adulación y lisonja, como franco e ingenuo que era por carácter, más bien parece que estudiaba el modo “de disminuir sus aplausos. Hizo el más alto desprecio de las riquezas “y hasta los émulos más obcecados se ven precisados a confesar su

“inimitable desinterés. A pesar de su severidad, estaba dispuesto a “perdonar ofensas, porque no conocía otros enemigos que los que “creía del Estado, y aún con éstos, mientras una mano firmaba decretos contra ellos, alargaba la otra para aliviar sus miserias”. Mons. R.V. Valdivieso.

Es tanto lo que se exige a si mismo predicando con el ejemplo de su propia abnegación, es tan poderosa la medida de su convicción y es tan contagioso el magnetismo de su personalidad, que los hábitos tan lentos de cambiar, él los cambia en meses y en forma perdurable.

Es tan penetrante la velocidad y la hondura de su fervor que don Alberto Edwards llega a expresar: “A pesar de todo el genio “de Carlyle, nunca pude aceptar, sino a título de brillante paradoja, su “teoría de que la humanidad sólo ha marchado al impulso de unos “pocos hombres superiores. El caso de don Diego Portales es, sin “embargo, uno de aquellos que aparentemente confirman la atrevida “tesis del filósofo británico.

“La transformación operada en Chile y sólo en el espacio “de pocos meses, bajo la poderosa mano de ese hombre de genio, fue “tan radical y profunda, que uno llega a imaginar, cuando estudia los “sucesos e ideas de ese tiempo, que después de 1830 está leyendo la “historia de otro país, completamente distinto al anterior, no sólo en “la forma material de las instituciones y de los acontecimientos, sino “también en el alma misma de la sociedad”.

4.- LA ELECCIÓN DE SUS COLABORADORES SEGÚN MÉRITO

Su altiva distancia de corrillos, asambleas o castas, no obstante su encumbrado linaje, lo hicieron reaccionar vivamente en

contra de una costumbre ya entonces arraigada en la raza: la de la recomendación política o social para llenar cargos en la administración pública.

Rechazó sistemáticamente la recomendación de compromiso viniendo de quien viniera, incluida su propia familia, de lo cual hay múltiples testimonios.

Fue en cambio un incansable buscador de valores según merecimientos, de valores intrínsecos, con o sin valimiento social.

En esta materia, de tan vital importancia en cualquier gobierno y especialmente en el suyo, que por ser impersonal fue un gobierno de equipo, su sagacidad clarividente supo encontrar, destacar, apoyar y llevar a diversas responsabilidades de gobierno, a los mejores hombres de la época.

Al General Joaquín Prieto, a quien impuso como Presidente de la República, inaugurador del glorioso período de los decenios; al Coronel Manuel Bulnes, pilar con Prieto del Ejército, futuro triunfador de Yungay e ilustre Presidente de la República; a Joaquín Tocornal, su compañero de Ministerio, tal vez el segundo estadista de su tiempo; a Manuel Rengifo, el insigne Ministro de Hacienda, organizador de las finanzas públicas de la nueva República; al joven Manuel Montt, futuro Presidente, tal vez el más esclarecido del siglo; a Andrés Bello y a Mariano Egaña, sabio cumbre de América el primero y jurista eminente el segundo, principal redactor de la Constitución de 1833; a Victorino Garrido y Pedro Angulo, audaces captores de la Escuadra de Santa Cruz; a Claudio Gay, el científico más notable de su tiempo, autor de un completo inventario de las riquezas naturales del territorio, bajo el nombre de Historia Física y Política de Chile; a Antonio Garfías, el más noble de los amigos personales y tantos más que inscribieron su nombre entre los más eficientes servidores públicos.

Sólo una equivocación que le fue fatal cometió y fue el elegir al Coronel José Antonio Vidaurre como Jefe del Estado Mayor expedicionario contra la Confederación Perú-Boliviana; su traición lo llevó al asesinato del Ministro.

5.- LA FECUNDIDAD CREADORA

Todas las más hermosas prendas morales que pueda exhibir un Gobierno quedan en la sombra y resultan estériles si ese Gobierno abdica de la acción y se limita a un virtuosismo contemplativo.

Sólo la acción gubernamental imbuida de un profundo contenido ético deja una enseñanza, forma una escuela.

Esa enseñanza y esa escuela las formó Portales con la pasmosa velocidad y perdurabilidad que fueron el sello de su genio vertiginoso y el talismán de su magnetismo en vida y del caudaloso torrente de sugestión que desencadenó su inmolación.

Ya que no es posible detenerse en su obra de gobernante, una simple enumeración de las materias que abordó su laboriosidad sin reposo, demuestran que nada escapó a su desvelo tutelar.

En su primer ministerio, su preocupación no es otra que detener el caos y crear un orden nuevo y dinámico.

Asume el doble ministerio cuando polarizadas las fuerzas que van a definir en Lircay el destino de la República, nadie quiere teñirse antes del desenlace. Entonces exigido por la ciudadanía consciente que mira con terror la continuación del trastorno y se aferra a él como al restaurador, empuña el timón del poder con la resolución y seguridad del estadista consagrado.

Y se aplica a reforzar las huestes del General Prieto para la batalla definitiva que se avecina.

En junio, del presente año, se conmemoró el bicentenario del nacimiento de don Diego Portales y Palazuelos, ilustre estadista quien, en un momento crucial de nuestra historia, entregó su vida al servicio de la Nación.

Portales, ejemplo de probidad moral, postergó sus intereses particulares para sumarse a la organización de la República, con un Gobierno fuerte y eficiente.

Su genio político y su actuación como conductor y organizador del naciente Estado Chileno, avala la iniciativa de publicar el presente trabajo que difunde los rasgos más notables de su personalidad y obra.

Autor de este artículo es el abogado don Alfredo Alcaíno Barros, director del Banco de Santiago entre 1987 y 1992 y actual asesor del Directorio de esta Institución.

Santiago, noviembre de 1993.

Y el mismo día de Lircay antes de conocerse el resultado de ese histórico combate, remece al país dando de baja a todo el Ejército pipiolo de Freire. De ahí para adelante la disciplina del Ejército regular empieza a vertebrarse. Restablece la Academia Militar para entregar formación profesional a los oficiales. Se implanta el concepto de la sanción ya descrito. El país entero se le somete. Dispersa y neutraliza a los enemigos del Gobierno con la destreza del más avezado político. La administración pública se depura rápidamente de prevaricadores e indolentes. Encomienda la Hacienda Pública a Rengifo y se adoptan normas de saneamiento, la primera de ellas, de que ningún gasto fiscal puede cursarse sin llevar la firma del Ministro, se controla la recaudación de impuestos, se empieza a regularizar el pago de los sueldos, insolutos por meses. Crea la Guardia Cívica, cuerpo armado y disciplinado, con el propósito de llenar el vacío de una milicia en reorganización, de formar futuros soldados y de distraer al pueblo del vicio. Para dar el ejemplo, él mismo se enrola, estudia ciencia militar y toma activamente a su cargo la instrucción de un batallón. Al año de creada, la Guardia cuenta con un contingente de 25.000 hombres.

La delincuencia y el bandidaje que devastaban el país reciben su merecido. La banda de los Pincheira es abatida por un cuerpo de Ejército al mando del Coronel Bulnes y en Santiago se organiza la policía diurna y nocturna.

La enseñanza recibe su hálito vivificante; Bello y Gay toman las riendas de la cultura humanística y científica.

Cuando comprueba que todo está funcionando con el espíritu de eficiencia y devoción que él le ha impreso, renuncia al Ministerio y se traslada arruinado a Valparaíso a ejercer el comercio, en medio de las protestas del Gobierno y la ciudadanía.

Hasta allá lo persiguen sus partidarios pidiéndole consejo

e inspiración y su nutrida correspondencia es un modelo de buen sentido, de precisión y castizo dominio del idioma, salpicado de sentencias latinas que estampa con airosa justeza.

No puede eludir la designación de Gobernador de Valparaíso, cargo que desempeña desde diciembre de 1832 durante once meses.

En ese breve lapso se deja llevar nuevamente por el vértigo de la acción y se echan las bases de la Escuela Náutica, de la protección al comercio de cabotaje, de los almacenes francos, del establecimiento de la marina de guerra, de la administración pública, de la aduana, de la policía urbana, de la guardia cívica que el mismo nuevamente dirige y del camino a Quillota que cuatro años más tarde recorrerá engrillado camino del calvario.

La historia de Valparaíso queda marcada por su ritmo impetuoso; los porteños le amarán y a su muerte reclamarán su corazón que hasta hoy reposa en su suelo, mientras su cuerpo descansa en la Catedral de Santiago.

En 1834 deja el puerto y se traslada al fundo El Rayado en La Ligua a ejercer labores agrícolas; pero ya en septiembre de 1835 se ve compelido a regresar a Santiago a asistir a su amigo el Presidente Prieto y asume nuevamente sus dos Ministerios.

Nuevamente la acción.

Se ocupa de remozar la legislación colonial que seguía imperando, crea el Ministerio de Justicia, Culto e Instrucción Pública, dicta la ley de Organización de los Tribunales y la ley según la cual las sentencias deben ser fundadas, fija los requisitos para el personal de la administración pública, remoja el régimen penitenciario haciendo que los presos ejecuten trabajos públicos en vez de pudrirse en las

cárceles, refuerza las relaciones con la Iglesia, crea el Arzobispado de Santiago, levanta escuelas primarias para alfabetizar al pueblo, mejora los programas, textos y métodos de estudio, revive la marina de guerra y estimula la marina mercante, impulsa la Academia Náutica destinada a formar pilotos para nuestros buques todos comandados hasta entonces por extranjeros lo que considera una vergüenza, dicta la ley de cabotaje disponiendo que las tripulaciones sean chilenas, alcanza con Tocornal, sucesor de Rengifo en el Ministerio de Hacienda, la más perfecta regularidad en los ejercicios presupuestarios y financieros.

Pero ha vuelto al Ministerio atribulado por la más visionaria de sus intuiciones; antes que nadie en América, ha entrevisto el peligro para Chile que se cierne en el Norte con el surgimiento de la figura colosal del Mariscal Santa Cruz y ha adivinado el propósito de ese mestizo de genio, descendiente de princesa incaica, que quiere revivir bajo su égida el Imperio de sus antepasados.

Desde 1836, en que se forma la Confederación Perú-Boliviana, el Pacífico se transforma en el escenario de un duelo titánico entre la clarividencia de Portales que conduce los acontecimientos para anticiparse a la agresión y la diabólica astucia de Santa Cruz para consolidar su poderosa alianza y anexarse después impunemente a Chile, donde tenía un ejército de agentes.

El duelo lo gana Portales como el Cid, desde ultratumba, en enero de 1839, mediante el brazo pujante del General Bulnes en la gloriosa acción de Yungay.

De esta manera la vida pública del Ministro Portales se enmarca entre las dos batallas más significativas de nuestra historia republicana: Lircay, que importa el triunfo del orden sobre el caos y Yungay que señala el nacimiento del sentimiento de nacionalidad y confianza en si mismo, en todo el pueblo chileno.

CONTENIDO

| | |
|--|----|
| EL Ministro Portales _____ | 5 |
| Su Concepción del Gobierno Impersonal _____ | 13 |
| Su concepto de la Justicia y de la Sanción _____ | 16 |
| Su Austeridad, Probidad e Independencia de Intereses o Círculos _____ | 17 |
| La Elección de sus Colaboradores Según Mérito _____ | 19 |
| La Fecundidad Creadora _____ | 21 |

EL MINISTRO PORTALES

No voy a referirme detenidamente en esta oportunidad a la gigantesca labor que desarrolló en los escasos 37 meses en que desempeñó, en dos períodos, desde abril de 1830 hasta agosto de 1831 y desde septiembre de 1835 al 6 de junio de 1837, día de su muerte, los cargos de Ministro del Interior y Relaciones Exteriores y Guerra y Marina. (El otro era el de Hacienda).

Con ser inmensa en riqueza de realizaciones, esa obra de gobernante surgida al final de la anarquía posterior a la abdicación de don Bernardo O'Higgins en 1823, palidece comparada con la significación que proyectó su meteórico tránsito por el acontecer político del naciente país, en la historia de los 60 años posteriores a su desaparición, los que quedaron marcados a fuego por la impronta de su genio.

Genio tutelar de la nacionalidad, cuyo olvido coincide con los períodos de decadencia; pero que recobra su plena vigencia en las grandes emergencias de nuestra historia, en las que Chile torna su mirada angustiada al prócer-mártir para encontrar en los fulgores de su imperecedera enseñanza, el rumbo extraviado.

Genio hemos dicho, entendiendo por tal el más alto rango de la inteligencia humana, aquel que ha sido definido con galanura como "un destello de la divinidad" y genio político, el más infrecuente, ya que la especie los ha producido con menor mezquindad en las disciplinas científicas, artísticas o militares.

Pero, ¿qué debemos entender por genio-político?. A nuestro juicio, esta suprema calificación obliga a conjugar simultáneamente los siguientes requisitos:

- 1.- Diagnóstico certero de la época y de la situación del momento.

- 2.- Concepción global y pormenorizada de lo que hay que hacer.
- 3.- Acertada elección de la obra a ejecutarse y de los elementos a emplearse, ejecución resuelta y superior destreza para sortear los obstáculos.
- 4.- Capacidad de sugestión para proyectar hacia el futuro la labor realizada.

Este último, es con mucho el más importante, el que imprime su sello, esquivando la fugacidad, a la acción de un genio político: la perdurabilidad de su obra, de su mensaje, de su estilo, de su lección.

Es por ello que el nombre de Portales se inscribe con toda propiedad entre los grandes creadores políticos de la historia universal, junto al de Julio César, forjador del Imperio Romano, de Carlomagno, el gran civilizador de la edad media, de Richelieu, que puso término al feudalismo e inauguró la era de la monarquía absoluta, de Pedro el Grande, el déspota ilustrado que incorporó a Rusia a la civilización europea, de Bismark, unificador de Alemania, como Cavour de Italia; de Disraeli, que al extender el dominio británico por todos los confines del Mediterráneo, marca el apogeo del poderío de Inglaterra.

Todas estas figuras crearon construcciones duraderas y beneficiosas para sus pueblos; por ello es que no incluimos en esta enumeración a Aníbal, Alejandro o Napoleón, que fueron genios más bien militares que políticos y no legaron un edificio que sobreviviera a su ocaso.

Portales, en cambio, es el arquetipo del genio político, esencialmente fecundo, constructivo y perdurable en la dimensión de su obra en el tiempo.

La llamada Era Portaliana que muere con Balmaceda en

1891, bajo el asalto del parlamentarismo, representan los 60 años de mejor gobierno conocidos en el continente y uno de los más luminosos de la historia humana: por ellos y gracias a ellos Chile fue llamada Maestra de Naciones.

Con absoluta propiedad ese chileno eminente que fue el Dr. Eduardo Cruz-Coke, disertando sobre Chile en la Universidad de Princeton en 1944, afirmó que Chile, "... luego de la anarquía posterior a O'Higgins, encontró muy pronto en los albores mismos de "su vida independiente al hombre que debía organizarle un destino nacional.

"Ese hombre fue Portales, que puede considerarse como "el hombre de Estado más genial que haya producido la historia "americana".

El ilustre don Francisco Antonio Encina en su monumental Historia de Chile y en su libro sobre Portales, discurre desde el principio al fin sobre la base del genio de Portales y lo analiza desde todos los ángulos imaginables.

Y ya en el siglo pasado el portentoso don Benjamín Vicuña Mackenna en su inspirado lenguaje, escribía: "Portales viene, entre "tanto, en alas de su genio, atravesando el caos, y a medida que pasa, "va dejando los cimientos de una prodigiosa creación, de la que los "bandos que luchan o se acechan no se aperciben de pronto; pero que "la historia desentraña cuando penetra con su linterna de luz en los "arcanos del pasado"; y agrega más adelante, luego de enumerar sus realizaciones: "Todo esto hace, a la vez, el genio de Portales en un "período tempestuoso y vacilante de nuestra política. Nunca hubo en "América un despotismo más fecundo, más potente ni más rápido. La "inmolación horrenda que le derribó, encontrólo joven y casi naciente "todavía. Quizá más tarde el coloso hubiera sido indestructible".

Por su parte el insigne futuro Arzobispo de Santiago, Mons. Rafael Valentín Valdivieso, despidiendo en la Catedral de Santiago los restos del Ministro en nombre de la Iglesia, expresó: “el señor Portales no conoce obstáculos, porque siempre todos los “encuentra allanados en los inagotables recursos de su genio creador. Semejante a aquellas águilas que en el rápido curso de su “vuelo, sea que se remonten sobre inflamados volcanes, hondos “precipicios, lagos insondables o escarpadas montañas, jamás detienen su vista en lo que se halla sujeto, así el laborioso ministro, sin “reparar en las dificultades que le cercan, dirige sus miras a enfrenar “la licencia, reformar los abusos, dar nervio y respetabilidad al “gobierno, crédito a sus promesas, moralidad a las masas, economía “y pureza en la administración de las rentas públicas. En todo trabaja con buen éxito por sí o por medio de diestros cooperadores, “cuya elección es también debida, en gran parte, a la penetrante “perspicacia con que leía los corazones y adivinaba aquel destino “que a cada uno convenía según sus aptitudes. El talento y su infatigable contracción le hacen familiar todo aquello que forma el “secreto y constituye el magisterio de cada profesión”.

“Pero la cualidad más notable, la que parece formaba el “alma de sus otras relevantes prendas, era el tino para acordar sus “providencias y cierta previsión para calcular sus efectos, pues parece que llevaban en sus manos la voluntad de los hombres y el “poder de los elementos”.

Si Portales no tiene la fama y la consagración universal que se merece, es simplemente porque como a don Pedro de Valdivia, el escenario le quedó estrecho.

Genio singular el suyo.

Singular por lo inmensamente certero de su diagnóstico,

dotado de un golpe de vista a la vez microscópico y telescópico, como dijera con razón don Alberto Edwards.

Singular por lo granítica de su voluntad y la velocidad de su coraje para aplicar las medidas necesarias, aunque sobrecogieran de espanto a sus contemporáneos, como cuando dio de baja de una plumada a la mitad pipiola del ejército perdedor de Lircay, con el propio Freire a la cabeza, el mismo día de la batalla y antes de saberse su resultado. Ello, al noveno día de haber asumido su primer ministerio, como árbitro absoluto del Gobierno, a las puertas de la decisiva batalla, cuando pendiente su desenlace, nadie se atrevía a encarar responsabilidades, exclamando: "Si nadie quiere ser Ministro, seré si es necesario Ministerio salteador". O como cuando para salvar la República resolvió llevar la guerra a la Confederación, anticipándose con clarividencia profética a los designios de Santa Cruz y ordenó apresar en el mismo Callao la escuadra enemiga, emulando las hazañas del propio Lord Cochrane. O como cuando reiteradamente advertido, marchó resuelto al campamento de Quillota, prevenido de que allá lo esperaba el holocausto de su propia vida.

Singular, porque su genio era a tal punto espontáneo y aun más, inconsciente e intuitivo, que con frecuencia se exasperaba por no ser entendido de inmediato en materias que él veía con diáfana claridad y que los demás ni siquiera sospechaban.

Singular, en fin, porque la mayoría de los grandes hombres de Estado gastaron la mitad de sus vidas en perseguir el Gobierno que finalmente lograron y siempre los atrajo el imán subyugante de la gloria.

Portales, en cambio, comerciante que gustaba los riesgos de su profesión, rehuyó el poder hasta donde le fue posible, rechazó la presidencia que tuvo en sus manos persistentemente y en las dos

oportunidades en que asumió el Ministerio lo hizo acosado por las circunstancias del país y los ruegos de toda la ciudadanía consciente, que ya no pudo desoír: Pero lo hizo ignorando la gloria, desdeñando la popularidad y despreciando el gesto o la actitud populista y para qué decir el halago, que detestaba.

Su traviesa picardía e inclinación a la chanza del hombre privado, que lo hizo llegar a decir que no cambiaba la presidencia por una zamacueca, contrastaba con la severidad y compostura del hombre público mientras ejercía sus funciones.

Hoy constituye una reflexión que se plantea con frecuencia: la del contrasentido que importa el fabuloso progreso de las ciencias exactas, con el menguado progreso que se advierte en el mundo en la ciencia o el arte de la política, entendida por cierto, como el arte de gobernar para el bien común. Esta contradicción no debe a nuestro juicio extrañarnos, porque entre la ciencia y la política no cabe comparación por ser materias diferentes en su esencia. Mientras la ciencia progresa peldaño a peldaño hasta el infinito, a medida que las comprobaciones van transformando las hipótesis en axiomas, la política no se hace con concepciones ideológicas o fórmulas jurídicas por ingeniosas que parezcan. Ello porque a nuestro juicio el arte de gobernar no es una cuestión de esquemas, fórmulas, modelos o recetas: es una cuestión de CONDUCTA.

De conducta porque el arte de gobernar se ejerce para los hombres y no hay sobre la faz de la tierra seres más contradictorios, ilógicos e impredecibles que éstos, los más inteligentes. Por lo tanto su método fue el pragmatismo y la flexibilidad junto a una portentosa imaginación.

Por ello es que entre un gran gobernante de la antigüedad, como Trajano, y uno nefasto, como Nerón, no existen diferen-

cias sustanciales con otros de similares características de los tiempos modernos.

Portales sabía todo esto con la certidumbre del predestinado, sin haberlo aprendido en ninguna cátedra.

Por ello es que apartó de su camino a las ideologías totalizantes de su época, basadas entonces, como ahora, en dogmas sociológicos tan falsos como perniciosos.

Desechó en consecuencia a aquellos que enseñaban la libertad aún hasta la licencia, o el orden aún hasta el despotismo y al otro, tal vez el más patético de su tiempo, el del federalismo de don José Miguel Infante. Decía don José Miguel "Yo creo que es necesario carecer de sentido común o no tener absolutamente virtudes republicanas para oponerse al federalismo". Estaba convencido que el progreso de los Estados Unidos, ya entonces notable, se debía a su Constitución federal de 1787. Creía este vehemente patriota en la receta y no en la conducta. Nada le enseñó al fracaso estruendoso del ensayo federal de 1826 y murió años más tarde luchando tenazmente por su ideal desde su diario *El Valdiviano Federal*.

Estaba intoxicado ideológicamente y contra este mal parece no haber remedio, porque la realidad no roza siquiera el entendimiento de quienes los padecen.

El hombre no cambia mayormente. Hemos visto hasta hace pocos años a inteligentes dirigentes políticos, penosamente desorientados en sus fantasías ideológicas, repitiendo con iluminado verbo las mismas lucubraciones y consignas de hace décadas, ahora superadas por la implacable realidad de la caída del muro de Berlín y el derrumbe de los socialistas marxistas que han sacudido en hora buena la intoxicación de tantos.

Pero no se crea que Portales por flexible careciera de